
Presentación

*La proximidad de la VII Asamblea Ordinaria del Sínodo de Obispos es ocasión para que THEOLOGICA XAVERIANA dedique este número al estudio de la "Vocación y misión de los laicos en la en la Iglesia y en el mundo" como contribución a este importante acontecimiento eclesial al que confluyen las experiencias de las Iglesias particulares a través de sus representantes y de la amplia consulta que se ha realizado desde su convocatoria por medio de los **Lineamenta** y el **Instrumento laboris**.*

* * *

En cuanto a la situación del laico en la Iglesia y en el mundo, que será analizada en el Sínodo, es preciso señalar que si bien ha habido un despertar prometedor de la conciencia de los laicos, una gran mayoría no ha encontrado su identidad en la misión de la Iglesia. Su pasividad, su escasísima participación en el crecimiento de la Iglesia y su débil presencia, como Iglesia, en el mundo de la economía, la política y la cultura, son consecuencia de su falta de identidad.

Esta identidad depende de la manera como la Iglesia se entienda a sí misma, según las circunstancias históricas que condicionan la manera de ser Iglesia, y consiguientemente, la

misión del laico: como aliado o competidor en la relación Iglesia-Estado, como colaborador de la jerarquía, como bautizado responsable de la misión que Cristo confió a su Iglesia.

Por circunstancias históricas la Iglesia se organizó según el modelo de la sociedad civil que era una sociedad de desiguales y tal división, consagrada en la reforma gregoriana, quedó en la clásica definición de Graciano: "Hay dos géneros de cristianos, uno ligado al servicio divino, esta constituido por los clérigos. El otro es el género de los cristianos al que pertenecen los laicos".

*A pesar de los cambios sociales, la Iglesia continuó como una sociedad de desiguales tanto en la práctica como en documentos del magisterio hasta la primera mitad de este siglo: "estas categorías son tan distintas entre sí que en el cuerpo pastoral solo residen el derecho y la autoridad necesaria para promover y dirigir los miembros hacia el fin de la sociedad. En cuanto a la muchedumbre, no tiene otro deber sino dejarse conducir y, rebaño dócil, seguir a sus pastores", escribió Pio X. Y Pio XII en *Mystici Corporis* repitió: "quienes ejercitan el sagrado poder en el Cuerpo son los primeros y principales miembros", mientras a los fieles corresponde "asistir a la jerarquía eclesiástica en la expansión del Reino del Divino Redentor". De allí que el mismo Papa reconociera el laicado de Acción Católica como "colaboración con la jerarquía".*

Un paso muy significativo lo dieron autores como Congar, Ranher y Schillebeeckx al proponer una teología del laicado para respaldar el compromiso de los laicos. Esta laicología, posteriormente acogida en los documentos del Concilio Vaticano II, definía la identidad del laico por su condición bautismal y su ubicación en el mundo de lo temporal.

El Vaticano II con una visión de la Iglesia como Pueblo de Dios, pueblo sacerdotal, profético y real, afirma la común vocación a la santidad y la igualdad dignidad de todos los cristianos en la diversidad de funciones: "la diferencia que puso el Señor entre los sagrados ministros y el resto del Pueblo de Dios lleva consigo la unión. En la diversidad, todos darán testimonio de la admirable unidad del Cuerpo de Cristo" (LG 32). También la imagen de la Iglesia como Sacramento supera cualquier dualismo y el Concilio habría eliminado la oposición jerarquía-laicado al subrayar el sacerdocio único de Cristo, del cual participan el sacerdocio

de los fieles y el sacerdocio ministerial. No obstante lo cual, en la práctica la Iglesia sigue siendo una sociedad de desiguales.

La gran línea divisoria entre los dos sectores de la Iglesia está marcada por el sacramento del orden que confiere a los unos los poderes y la autoridad de los cuales carecen los otros, y tiene que ver con un "saber" que domina el clero y al cual no tiene acceso el fiel cristiano, que considera que su papel en la vida de la Iglesia consiste en "obedecer" lo que la jerarquía manda y en "recibir" los bienes de la salvación que esa misma jerarquía administra. También está asociada a una visión igualmente dividida de la realidad en dos ámbitos —lo sagrado y lo profano— que son antagónicos y tienen sus correspondientes responsables: para el manejo de lo sagrado son consagrados los "sacerdotes", mientras el laico es el hombre de lo profano.

* * *

La división de la Iglesia entre jerarquía y laicado, entre ordenados y no ordenados, no tiene sentido en una eclesiología de comunión que destaque la importancia del bautismo en la experiencia personal y comunitaria. En una Iglesia de comunión y participación el papel del laico no es accesorio ni su responsabilidad se limita a colaborar con sus pastores. Mas aún, en la perspectiva de una eclesiología de comunión en la que las relaciones con el mundo no son exclusivas del laico, queda superada la oposición entre clérigo y laico, e incluso la noción misma de laicado. Esto porque en la Iglesia-comunión no hay oposición de ámbitos y de competencias sino que es tarea de la comunidad de los bautizados realizar la comunión con Dios y entre los hombres, comunión que toca profundamente las relaciones económicas, sociales y políticas. Porque la participación en la comunión eclesial y en la misión de la Iglesia de realizar la comunión entre los hombres proviene de la condición de bautizado y de la participación en la vida trinitaria, participación que se traduce en un proyecto real y efectivo de lograr la armonía y la convivencia entre los hombres.

La eclesiología de comunión tiene como origen la experiencia de la Iglesia neotestamentaria que vivía la comunión por la acción del Espíritu. El Concilio Vaticano II recogió esta eclesiología de signo comunitario en la que la comunidad es anterior a quienes ejercen en ella los ministerios o servicios. Y Puebla, a su

vez, centró su reflexión y sus orientaciones pastorales alrededor de la comunión y participación, quizás porque una característica de la Iglesia de América Latina es su experiencia de comunión y su deseo de unidad. Así lo reconoció el Papa Juan Pablo II en su visita a Haití en 1983: "La autocomprensión de la Iglesia en América Latina, a la luz del Vaticano II y Puebla, hablan con fuerza sobre el lugar de los laicos en la Iglesia y en la sociedad".

* * *

La identidad del laico proviene de su consagración bautismal que fundamenta su participación "en la misión de todo el pueblo cristiano en la Iglesia y en el mundo" (LG 31). Es de esperar que el Sínodo asuma esta línea, pues así lo anuncian los Lineamenta al subrayar la condición bautismal como "la raíz de la vocación y de la dignidad cristiana de todos y de cada uno" (Lin 16) y "el origen de la común misión que está confiada a todos y cada uno de los bautizados en la Iglesia y en el mundo" (Lin 17).

Del bautismo y de la participación en la triple función de Cristo también proviene la espiritualidad del laico: espiritualidad y santidad de bautizado porque nace de la consagración bautismal, se renueva en la Palabra y en los sacramentos, se alimenta en la oración personal y comunitaria y en la experiencia de solidaridad. Es la espiritualidad de los hijos de Dios que se vive como fraternidad. Es la transformación personal por la acción del Espíritu Santo para vivir la nueva vida en Cristo. Es el seguimiento del Señor Jesús en la comunidad eclesial y con los pobres, en los que se manifiesta el mismo Jesús. Es apertura al amor de Dios y al amor de los hermanos como respuesta personal a la vocación y misión cristianas.

* * *

Para THEOLOGIA XAVERIANA es grato entregar a sus lectores este número que analiza la situación de marginación del laico, incluso del religioso laico, y propone una manera de vivir el compromiso cristiano y la santidad en la Iglesia de comunión en los artículos de José Darío Soto, SDB; Mario Gutiérrez, S.J.; Alberto Parra, S.J. y Alberto Echeverri, S.J. Cuando a la relación Iglesia-Estado ha sido asunto de relaciones intraeclesiales entre jerarquía y laicado. El escrito de Adam Siuda, Sch. P. sobre "El modelo polaco en lo político latinoamericano" complementa la

contribución de la Revista a la próxima reunión de obispos y a las expectativas suscitadas en torno a ella.

Porque para los bautizados que se sienten responsables de la misión de la Iglesia, el Sínodo 87 va a responder a la pregunta que se están formulando sobre cómo participar en la vida de la Iglesia. Pero también para los que no han asumido su responsabilidad, el Sínodo tendrá que ser invitación al compromiso. Y para la Iglesia y el mundo es de fundamental importancia, al decir del Papa Juan Pablo II dirigiéndose al Consejo de la Secretaría del Sínodo en mayo de 1984: "La misión de los laicos, como parte integrante de la misión de salvación de todo el Pueblo de Dios, es de fundamental importancia para la vida de la Iglesia y para el servicio que la misma Iglesia está llamada a ofrecer al mundo de los hombres y de las realidades temporales". Para la condición laical de quien firma esta presentación es de esperar que el Sínodo supere la línea que margina al laico y se pueda pensar en serio acerca de la vocación y misión del bautizado en la Iglesia y en el mundo.

ISABEL CORPAS DE POSADA